

N
E
R
U
D
A

E
N

N
I
C
A
R
A
G
U
A

J
U
A
N

A
B
U
R
T
O

El aparecimiento de la poesía de Pablo Neruda ocasionó uno como maremoto en el oceánico Chile, con proyecciones inundantes por la América entera. Las primeras oleadas del asombroso fenómeno comenzaron a llegar a las costas de Nicaragua hacia 1932. Desde entonces y por mucho tiempo después, “los versos más tristes” de los 20 Poemas fueron recitados y exaltados en nuestro país, frenéticamente, unánimemente, en las escuelas y los talleres, en los parques, reuniones y paseos, por unas multitudes jóvenes y ávidas de emociones románticas nuevas.

Igual cosa sucedía en la generalidad del resto del continente, produciendo también el surgimiento de miríadas de pequeños nerudas o sea poetas informes que se creían en el deber de cantar con la misma voz del incipiente maestro o bien no lograban sustraerse a su telúrico, recién estrenado aliento. “Nerudones” los llamaba, despectivo, Juan Ramón Jiménez.

Para entonces ya estaba consolidada la labor poética revolucionaria del Grupo Vanguardia granadino, de modo que el nuevo sorprendente suceso literario no les tomó desprevenidos. E indudablemente la vitalidad y fortaleza de los poetas que integraban el grupo los resguardó de la contaminación ambiental nerudiana del momento, cuya literatura acogieron con curiosidad y algún leve desdén. Igualmente Manolo Cuadra, poco después, llegó a escribir su “Confesión del Canto Imitado”, que era como un reto a la poderosa influencia del chileno Pablo, a la cual Manolo sin temor podía sujetar y adecuar a su propio estro a fin de lograr uno de sus más famosos poemas de amor, para volver a tomar enseguida su voz personal, solitaria y fulgente en la poesía nicaragüense.

No sucedió lo mismo con los poetas menores y los escritores de versos de nuestro país, quienes siguieron repitiendo monótonamente el inconfundible acento literario del nuevo mesías americano. Aún hoy día nuestros más destacados no-poetas son básicamente nerudianos.

Elementos notables de Nicaragua que figuran reiteradamente con relieve propio en la obra de Pablo Neruda son, en su orden, Rubén Darío y el General Sandino, objetos de su más ferviente y excelsa consagración; y los Somoza, a quienes dirigió terribles execraciones. La utilización de estos elementos le fue propicia más de una vez en el contexto de su llamada “*poesía política*”, a través de las figuraciones de liberadores y opresores en la historia de la tierra americana.

La primera vez que tenemos noticias del nombre de Nicaragua en labios de Neruda, es en la ocasión de haber ofrecido su celeberrimo Discurso al Alimón para Rubén Darío, dialogado en el año 1936, en Buenos Aires, con otra de las 3 grandes voces que entonces existían (no había muerto Vallejo) en la poesía castellana. Aquel Discurso, pronunciado conjuntamente con Federico García Lorca, se ha tenido como el más elevado homenaje lírico que jamás recibiera Darío.

Se sabe que Pablo Neruda en sus andanzas por el mundo, siempre estuvo atento a las manifestaciones de la nueva

poesía nicaragüense, y que particularmente se interesó por la obra de Pablo Antonio y Joaquín. También uno o dos años antes de desaparecer ofreció prologar las poesías completas, que se preparan hoy, de Salomón de la Selva, quien fuera su amigo personal.

Las vinculaciones de Pablo Neruda con nosotros culminan en la singular circunstancia de que, a la muerte de él, según lo han augurado con anterioridad los entendidos quien recoge su cetro del más grande poeta vivo de la lengua, parece ser un nicaragüense indistintamente Ernesto Cardenal, Carlos Martínez Rivas.

Quizá el frondoso Neruda con nostalgias evocara nuestra tierra, que él mismo se vedase de visitar un día por la calificación ardiente que hizo de aquellos Generales nuestros tremendos paisanos . . .

Mas la exaltación insigne que hace de Nicaragua se encierra en un solo verso que parece recoger y anuncian todo el destino mesiánico de la poesía nicaragüense. Aquel verso perdido en la floresta inmensa de su obra, en el que llama entrañablemente nuestra tierra, “*garganta pastoril de América*”.

Octubre, 1973.